

TEILHARD DE CHARDIN

La Misa sobre el Mundo

Teilhard de Chardin, ese "hijo de la Tierra", "más ampliamente humano y más noblemente terrestre que cualquier servidor del Mundo" se encuentra en aquel día de la Transfiguración, año de 1923, en pleno desierto de Ordos, en Mongolia, formando parte de una expedición científica. No podrá celebrar Misa, pues no tiene pan, ni vino, ni altar.

Entonces dice su Misa sobre el Mundo, sobre el altar de la Tierra entera. Este Sacerdote centra su mirada sobre la Eucaristía y en la Eucaristía ve él la consagración del Mundo, de la Materia. La Eucaristía es el Sacramento típico de la Encarnación de Dios; es la radicación de Dios en un mundo concreto, que toma así cuerpo y rostro nuevo.

"El fuego ha descendido al corazón del Mundo". El momento de la comunión ha llegado. Sin embargo, es no entender a Teilhard creer que sólo ansía comulgar panteísticamente con el Mundo, aunque muchas veces, a la primera lectura, pueda dar esta impresión. No comulga con el Mundo, sino en el Mundo, dentro del Mundo. La comunión no es de ningún modo, la reducción de Cristo a nuestro ser individual, ni a nuestro mundo; al contrario, tomar el Cuerpo y la Sangre de Cristo es salir de sí mismo, aceptar el peligro, el trabajo, la disminución, la muerte, para abandonarse absolutamente a Dios.

La comunión es un compromiso terriblemente serio. La comunión se hace en el Mundo, pero para ir más allá del Mundo. El grano de trigo muere en la Tierra para llevar mucho fruto.

Comunión

Si el fuego ha descendido al corazón del Mundo, es finalmente para cogerme y absorberme. Desde este momento no basta que le contemple, y que por una fe mantenida, intensifique sin cesar alrededor de mí su ardor. Es necesario que habiendo cooperado, con todas mis fuerzas, a la Consagración que le hace brotar, consienta yo al fin a la Comunión que le dará, en mi persona, el alimento que en último término ha venido a buscar.

Yo me postro, Dios mío, delante de vuestra Presencia en el Universo hecho ardiente y, bajo los rasgos de todo lo que encontraré, y de todo lo que me sucederá, y de todo lo que realizaré en este día, os ansío y os espero.

Es algo terrible haber nacido, es decir, encontrarse irrevocablemente arrastrado, sin haberlo querido, en un torrente de energía formidable que parece querer destruir todo lo que lleva en sí.

Yo quiero, Dios mío, que por un cambio de fuerzas, cuyo autor sólo vos podéis ser, el temor que siento delante de las alteraciones innominadas que se aprestan a renovar mi ser, se cambie en una alegría desbordante de ser transformado en Vos.

Primero alargaré la mano, sin dudar, hacia el pan abrasador que Vos me presentáis. En este pan, en el que habéis encerrado el germen de todo desarrollo, reconozco el principio y el secreto del porvenir que me reserváis. Tomarlo es libramme, lo sé, a los poderes que me arrancarán dolorosamente a mí mismo para empujarme al peligro, al trabajo, a la renovación continua de las ideas, al desprendimiento austero de las afecciones. Comerle es contraer para con lo que está en todo sobre todo, un gusto y una afinidad que en adelante me volverán imposibles las alegrías en

las que mi vida encontraba calor. Señor Jesús, acepto ser poseído por Vos y ser llevado por el poder inexpresable de vuestro Cuerpo al cual estaré atado, hacia esas soledades a las que yo solo nunca me hubiera atrevido a subir. Instintivamente, como cualquier hombre, bien quisiera levantar aquí abajo mi tienda sobre una cumbre escogida. También, como todos mis hermanos, tengo miedo del porvenir demasiado misterioso y demasiado nuevo hacia el que me echa el tiempo que pasa. Y además, ansioso yo como ellos, me pregunto a dónde va la vida...

¡Ojalá pueda esta Comunión del pan de Cristo revestido con las potencias que dilatan el Mundo, libramme de mi timidez y despreocupación! Yo me echo, oh Dios mío, bajo vuestra palabra, en el torbellino de las luchas y de las energías en el que se desarrollará mi poder de asir y experimentar vuestra Santa Presencia. A quien amare apasionadamente a Jesús escondido en las fuerzas que hacen crecer la Tierra, la Tierra, maternalmente, le levantará en sus brazos gigantes, y le hará contemplar el rostro de Dios.

Si vuestro Reino, mi Dios, fuera de este mundo, bastaría, para reteneros, que me confiara a las potencias que nos hacen sufrir y morir haciéndonos crecer palpablemente, a nosotros o a lo que nos es más querido que nosotros mismos. Pero porque el Término hacia el cual se mueve la Tierra está más allá, no solamente de cada cosa individual, sino del conjunto de todas las cosas, —porque el trabajo del Mundo consiste, no en engendrar en sí mismo alguna Realidad suprema, sino en consumarse por unión en un Ser preexistente, ello hace que para llegar al centro flameante del Universo, no le basta al hombre vivir más y más para sí, ni siquiera poner su vida en una causa terrestre, por grande que ella sea. El Mundo no puede en último término unirse a vos, Señor, si no es por una especie de inversión, de vuelco, de excentración,

donde por un momento zozobra, no solamente el éxito de los individuos, sino también la apariencia misma de cualquier ventaja humana. Para que mi ser sea decididamente anexionado al vuestro, es necesario que muera en mí, no sólo la mónada, sino el Mundo, es decir es necesario que yo pase por la fase desgarradora de una disminución que nada tangible podrá compensar. He aquí por qué, recogiendo en el cáliz la amargura de todas las separaciones, de todas las limitaciones, de todos los fracasos estériles, vos me lo tendéis. "Bebed todos de él".

Cómo rechazaría yo este cáliz, Señor, ahora cuando, por el pan del que vos me habéis hecho gustar, se ha deslizado en la médula de mi ser la inextinguible pasión de juntarme a vos, más allá de la vida, a través de la muerte. La consagración del Mundo habría permanecido inacabada, de golpe, si vos no hubierais animado con predilección, para quienes creyeran, las fuerzas que matan, después de aquellas que vivifican. Mi comunión sería ahora

incompleta (más simplemente, no sería cristiana) si, con los crecimientos que me trae este nuevo día, no recibiera en mi nombre y en nombre de todo el Mundo, como la más directa participación de vos mismo, el trabajo, callado o manifiesto, de la debilitación, de la vejez y de la muerte que mina sin cesar el Universo, para su salvación o para su condenación. Yo me abandono enteramente, oh Dios, a las temibles acciones de disolución por las cuales se substituirá hoy, ciegamente lo quiero creer, a mi estrecha personalidad vuestra divina Presencia. A aquel que hubiere amado apasionadamente a Jesús escondido en las fuerzas que hacen morir a la Tierra, la Tierra, al desfallecer, le apretará en sus brazos gigantes, y con ella, se despertará en el seno de Dios (1).

Introducción y traducción de B. Meliá

(1) Hymne de l'Univers, Editions du Seuil, Paris 1961, pp. 28-32.